

EL PUNTO DE VISTA EXISTENCIAL
Y SANTO TOMAS

Por FR. LEON JOSE MOREAU, O. P.

Cada época de la civilización se expresa por una escuela —o mejor dicho una tendencia— filosófica correspondiente a su carácter propio, a sus necesidades, a su "mentalidad". No se pueden negar las afinidades profundas que existen entre las especulaciones metafísicas y místicas del brahmanismo, bajo sus diversos aspectos, y la cultura de India. El Confucionismo es el fruto de la China tradicionalista. Las teorías dialécticas y estéticas de Platón y Aristóteles corresponden al genio investigador, razonador y artístico de los griegos. El estoicismo, el epicureismo, el neo-platonismo expresan las ansiedades de las almas en el imperio Romano. La síntesis tomista atestigua el espíritu de unidad constructora del siglo de las catedrales. El cartesianismo corresponde claramente al espíritu geométrico del siglo de Luis XIV. La civilización industrial y mercantil de los anglosajones halla su expresión en el "empirismo" de John Locke y en el "pragmatismo" de William James. Las varias escuelas del kantismo, del positivismo, se explican por el predominio de los estudios experimentales de tipo cuantitativo y por un desconocimiento del punto de vista metafísico, desconocimiento fácilmente explicable en el tiempo de los descubrimientos científicos del siglo XIX. El materialismo dialéctico de Carl Marx es el hijo de una época industrial en que el ruido dominante de la diosa Máquina cubre el ritmo profundo de la naturaleza.

Podríamos proseguir indefinidamente el examen de las relaciones existentes entre cada sistema o cada tendencia filosófica y el contexto social en que se incluye tal sistema o tal tendencia. Seguramente el entendimiento humano es una ventana abierta hacia lo universal, lo infinito. Pero si el ojo puede recorrer distancias inmensas, no debemos olvidar que este mismo ojo pertenece a un organismo, y que depende en su ejercicio de las condiciones físicas de este organismo. Así al pensamiento filosófico mirado del entendimiento sobre la universalidad del ser, permanece tributario, en su trabajo, de las condiciones contingentes en que se halla el pensador. El esfuerzo filosófico responde a una necesidad profunda del

hombre, pero esta necesidad reviste aspectos diversos, se expresa de maneras muy diferentes en las varias etapas de la historia humana.

Pero la civilización particularmente en nuestro tiempo, es una cosa muy compleja; los puntos de vista que solicitan la atención del hombre son diversos, y por consiguiente en cada época diversas corrientes de ideas se reparten los espíritus.

Entre las corrientes filosóficas más notables de nuestros últimos años, se señala la tendencia "existencialista". ¿Cómo explicar el éxito actual del existencialismo, v. g. en Francia después de la última guerra? Seguramente "la moda" puede explicar algo de este éxito. Pero entonces se plantea una cuestión más profunda: ¿por qué la moda favoreció el existencialismo más que tal otra corriente filosófica? ¿Gusto de lo nuevo? Sí también. ¿Pero cómo explicar que el existencialismo sea precisamente "la filosofía nueva" de nuestro tiempo? Finalmente es preciso admitir, de grado o por fuerza, alguna correspondencia real y profunda entre las condiciones y necesidades de nuestra época, y el existencialismo.

Determinar —en cuanto se pueda— en qué consiste el existencialismo; buscar las razones de la actualidad de esta tendencia; estudiar el punto de vista existencialista a la luz de la "philosophia perennis" que halló su expresión más profunda y sintética en la obra de Santo Tomás de Aquino, tal es el objeto de nuestro trabajo.

¿Qué es el existencialismo? Cuántas veces se oye esta pregunta en nuestro tiempo. Muchas personas cultas no hallan el puesto de este nuevo sistema en los cuadros clásicos de la filosofía. ¿"Materialismo o espiritualismo". "Idealismo o realismo". "Dogmatismo o escepticismo". "Teísmo, panteísmo o ateísmo?" Imposible clasificar la nueva filosofía bajo estas denominaciones. Por cierto, Kinlagaard no es un ateo ni tampoco Sartre un creyente. En tales condiciones, ¿cómo definir el existencialismo? ¿Qué pensar de una escuela cuyos principales maestros no están de acuerdo sobre las cuestiones fundamentales?

En primer lugar, es preciso entender que el existencialismo no es un sistema, una escuela, como el platonismo, el aristotelismo, el espinosismo. El existencialismo es una tendencia, un espíritu, un método, un clima intelectual. Es un punto de vista, es alguna manera de plantear los problemas, de mirar la vida, el mundo, la condición humana. En el clima "existencial" pueden vivir y trabajar espíritus que profesan doctrinas muy diversas, también radicalmente opuestas, v.g. cristianos como Gabriel Marcel, otros, como Sartre.

Pero, ¿en qué consiste el punto de vista existencial? La misma palabra "existencia" nos lo sugiere. El entendimiento puede mirar cada objeto, cualquiera que sea, desde dos puntos de vista: 1º el punto de vista de su esencia, esto es de su constitución propia, de su estructura, de su definición. Puede buscar, v. g. la definición del hombre, los elementos o principios en la constitución de la naturaleza humana, distinguir lo natural y lo espiritual, determinar en qué consiste la realidad física y la realidad inmaterial, etc. Este método que podemos llamar "esencialista" busca la explicación de las cosas en el análisis de la estructura inteligible de estas cosas. Las teorías

de las Ideas en Platón, de la composición hilemórfica de los cuerpos en Aristóteles, del pensamiento y del espacio en Descartes puede considerarse como ejemplos de este espíritu "esencialista".

2º El punto de vista "esencialista" supone, como correlativo necesario, otro punto de vista: el punto de vista "existencial", más difícil de expresar en términos conceptuales, pero que puede y debe ser de alguna manera objeto de la reflexión filosófica. Este aspecto es el hecho mismo de "existir", no la constitución o la estructura o la definición de la cosa como tal, sino el hecho que esta cosa existe. v. g. El hecho que el yo, mi yo personal, se afirma, el hecho que "somos embarcados", según la expresión de Pascal, el hecho de la angustia humana entre las exigencias de su destino. El caso concreto, lo singular, la vida, el movimiento, el acontecimiento, la condición humana: todo esto constituye temas de reflexión existencial.

El pensador existencialista no puede completamente prescindir del punto de vista "esencial", ni tampoco el pensador "esencialista" del punto de vista existencial. Ambos puntos de vista se sostienen mutuamente. De grado o por fuerza, necesitamos admitir explícita o implícitamente, consciente o inconscientemente, alguna constitución natural (esto es alguna esencia) de las realidades existentes, cualquiera que pueda ser esta naturaleza, esta esencia. La negación absoluta de las esencias se puede formular, porque las palabras se pueden poner en cualquier orden o desorden; pero, como lo notaba Aristóteles acerca de Heráclito, "todo lo que se dice, no es necesario que piense". Si hay alguna existencia —o si quiere, algún "existir"— luego alguien o algo existe. La existencia supone la esencia.

Pero también la esencia supone siempre la existencia, como hecho actual, o como término de tendencia, o como posibilidad. Formular una definición, es señalar una cosa que existe, o que puede existir. Fuera de esta posibilidad de existir, la esencia no se concibe. Una esencia no se puede pensar sino en función de su propia "realización", de su propia "actuación" presente, o intentada, o al menos no imposible. Las esencias puramente ideales o convencionales (v. gr. en matemáticas) se conciben sin embargo en función de alguna realidad existente, que es v. gr. en el cuerpo extenso. Una esencia es siempre la esencia de una cosa que puede o podría existir. Un concepto auténtico "esencial" de nuestro espíritu tiene siempre, de alguna manera, su aplicación al menos eventual a lo existente.

Por consiguiente, no hay filosofía exclusivamente "esencialista" o exclusivamente "existencialista". Pero el punto de vista de la esencia o de la existencia puede predominar en tal filósofo, en tal sistema o tal época. El hombre puede parar mientes, de manera especial, en un aspecto del ser sin negar por lo tanto los otros aspectos. Necesitamos ahora examinar los motivos actuales del éxito del punto de vista existencial en el pensamiento contemporáneo.

Los motivos del desarrollo actual del pensamiento existencialista pertenecen a dos órdenes: de una parte, a la historia misma y a la evolución propia de la reflexión filosófica, de otra parte al contexto actual de los acontecimientos políticos, económicos, sociales.

Seguramente la consideración del punto de vista existencial no es una cosa nueva. Desde el principio de la reflexión humana, este punto de vista se impuso por sí mismo. Según lo podemos juzgar, parece tener un papel importante en el pensamiento oriental, en el hinduismo, en el taoísmo. Estas doctrinas de India y de China no son puramente especulativas: proponen un ideal vital, experiencias de carácter existencial (según nuestra manera de hablar) v. gr. la experiencia del "Yoga".

En la antigüedad clásica, greco-latina, el filósofo ("amigo de la sabiduría") no es solamente un profesor que enseña teorías, un dialéctico investigador y disputador: es también un maestro de vida. Esto parece más evidente en los Pitagóricos, en Sócrates, en los Estoicos, los Neoplatónicos. Por lo tanto, la filosofía greco-latina tiene en cuenta el punto de vista existencial, tiene en cuenta no solamente la estructura de las cosas, sino también el vivir, la condición humana.

La Revelación cristiana subrayó de manera incomparable esta urgencia del destino humano "Ego sum via, et Vita", dice Cristo. El Cristianismo es un conjunto de verdades; es un cuerpo de doctrinas, una enseñanza, una luz. Pero es también un camino, una emancipación redentora del alma, una vida. Este carácter vital aparece eminentemente en los Evangelios, en los escritos de San Pablo y de San Juan, en todo el Nuevo Testamento. El mismo carácter se halla en los Padres de la Iglesia, especialmente en San Agustín. Por sus penetrantes análisis, por su profundo sentido de la condición humana, este Doctor puede considerarse como un precursor de los modernos existencialistas.

A primera vista, las preocupaciones dialécticas de la Edad Media podrían hacer pensar que los Escolásticos descuidaron totalmente el punto de vista existencial. Veremos lo que se debe pensar de tal sospecha tocante a Santo Tomás. Ya podemos notar, de manera general, los varios y eminentes autores místicos que señalan, en esta época, preocupaciones no solamente dialécticas sino también profundamente vitales.

En los tiempos modernos, el pensador que aparece como un precursor de los actuales existencialistas —especialmente de los cristianos— es Pascal. Pero los grandes sistemas de los siglos XVII, XVIII y XIX, época de Descartes, Malebranche, Spinoza, Leibnitz, Kant, Hegel, etc., parecen, por su estructura conceptual, pertenecer principalmente a la tendencia que hemos llamado "esencialista".

Después de tales esfuerzos especulativos y críticos, se entiende que el espíritu humano, cansado de teorías, adiestrado en la observación interior por el examen crítico de sus propias operaciones, se haya dedicado al punto de vista existencial. Esta preocupación se manifiesta en el Danés Kinлагаard, en el alemán Nietzsche. Con Heidegger, con Budiaeff, con Sartre, con Gabriel Marcel, el punto de vista existencial llega a tomar conciencia de sí mismo de manera aguda.

El número de estos pensadores y el éxito de sus obras atestiguan la actualidad de este punto de vista. Este cuidado de lo concreto, de lo vital, de la existencia, de la angustia humana, constituye como la reacción normal del pensamiento después de las grandes construcciones especulativas del siglo XVII, y de las grandes demoliciones críticas de los siglos XVIII

y XIX. El "Yo" se halla frente a sí mismo, frente al hecho y el enigma de su existencia. Afinado por el ejercicio de la reflexión crítica y psicológica, percibe de manera aguda lo dramático, lo trágico de esta situación. Así se explican, desde el punto de vista de la evolución del pensamiento filosófico, los éxitos del existencialismo en nuestro siglo XX.

Se explican también estos éxitos por los acontecimientos políticos, económicos y sociales. Todo el mundo lo dice, estamos en una crisis de la civilización. El extraordinario desarrollo de la industria, fruto de las invenciones científicas, operó una transformación profunda de las condiciones de vida de la humanidad y dio un carácter no solamente trágico sino verdaderamente catastrófico a los conflictos entre los pueblos. La lucha entre las clases, las revoluciones políticas y sociales, las crisis económicas, los dos conflictos mundiales, la angustia permanente en que vive la humanidad, todo esto constituye un clima muy favorable para el pensamiento existencialista. El hombre de hoy que reflexiona, percibe profundamente la urgencia del problema de la existencia, de su existencia. En tales condiciones, lo vital suplanta lo conceptual en las preocupaciones de los pensadores; el punto de vista existencialista suplanta el cuidado de las definiciones, de las esencias.

A primera vista, la cuestión de afinidades o conexiones posibles entre tomismo y existencialismo puede parecer paradójica. El abismo que existe entre el orden social y económico del siglo de las catedrales y el siglo de los aviones gigantes y de la bomba atómica, parece determinar otro abismo en el cuerpo intelectual. ¿Qué conexión idear entre la obsesión existencialista de "la angustia" y los serenos edificios conceptuales del tomismo?

Esta objeción parece muy fuerte. Pero su fuerza es aparente, no real. Seguramente, si consideramos tal o cual sistema existencialista (v. gr. el ateísmo de Sartre), la oposición puede ser evidente entre tal sistema y el tomismo; pero si consideramos, no un sistema particular, sino el punto de vista existencial, la cuestión es muy diferente. El tomismo se caracteriza por la universalidad de sus miradas. Un punto de vista que tiene la amplitud del existencialismo no puede ser completamente extraño al tomismo. Y de hecho un examen más ahondado de la cuestión mostrará que, a pesar de apariencias superficiales, el tomismo integra realmente el punto de vista existencial.

¿En qué consiste el tomismo? La doctrina de Santo Tomás no es principalmente una filosofía abstracta. Ante todo es una doctrina de vida, porque es una teología. El punto de vista teológico es eminentemente existencialista —esto se puede comprobar v. gr. en Kinлагаard, porque el punto de vista teológico tiene su fundamento en un hecho, el hecho vital por excelencia: la Revelación, la comunicación de lo divino al hombre. Esta comunicación es puramente gratuita. La misma palabra "gracia" lo dice. ¡Imposible deducir este hecho de consideraciones filosóficas, cualesquiera que sean, tocantes a las esencias! Se trata de un don de Dios, de un don gratuito. Santo Tomás muestra bien, por la parte del hombre, la armonía profunda de este don con las aspiraciones de

nuestra naturaleza (v. gr. en el "Contra Gentiles") Demostración de carácter juntamente "esencial" y "existencial", estribada en la tendencia íntima de la actividad humana. En el libro tercero de la Suma contra gentiles, Santo Tomás prueba que el deseo humano no puede ser sosegado sino en la visión de la Esencia divina. "Fecisti nos ad te, Domine, et inquietum est eos nostrum donec requiescat in te". A pesar de su presentación abstracta y de su orden dialéctico, las exposiciones de la Suma contra gentiles pueden considerarse, realmente, como un comentario de la famosa frase de San Agustín.

Pero la profunda conveniencia del don de Dios no hace olvidar a Santo Tomás el carácter absolutamente gratuito de este don. Pues el orden sobrenatural, el orden de la gracia, de la vida divina, excede infinitamente todas las exigencias de las naturalezas creadas o creables. Esta trascendencia absoluta de lo sobrenatural constituye el tema fundamental de la teología tomista. Tema inspirado por la Sagrada Escritura (por ejemplo la primera epístola a los Corintios y su Comentario por Santo Tomás): ¡tema eminentemente existencial!, lo podemos decir hoy. El llamamiento del hombre a la filiación divina no es una conclusión filosófica: es un hecho, el hecho por excelencia, el hecho que domina toda la historia humana.

Con el pecado y la Encarnación redentora, este hecho llega a ser un drama. Y esto constituye también un tema de carácter claramente "existencialista". Pecado original y pecados actuales; conflicto establecido en el corazón del hombre entre los apetitos de la carne y las aspiraciones del espíritu; unión de la naturaleza divina y de la naturaleza humana en Cristo; vida y muerte redentora del Hijo de Dios encarnado; su victoria sobre la muerte; llamamiento de todas las naciones a la salvación y a la vida eterna: imposible idear drama más punzante, más profundo, y en definitiva más conforme a todo lo que sabemos de la condición humana real.

Todo el aparato dialéctico de la "Suma Teológica" no puede disimular al lector atento lo patético intenso del drama humano que se desarrolla en los misterios de la caída y de la Redención. Gracia divina, libertad humana: factores cuyos efectos quedan imprevisibles para la razón dialéctica, —y Santo Tomás nos da siempre el sentido de esta imprevisibilidad.

El plan de la Suma Teológica incluye el doble punto de vista esencial y existencial. Este plan se puede sintetizar así: Dios (en que esencia y existencia no se distinguen); la creación (obra sumamente libre de Dios); las criaturas; los actos humanos; el pecado; la ley; la gracia; las diversas virtudes; Cristo y el misterio de la Encarnación redentora; los Sacramentos, prolongación de la Encarnación redentora. Inútil subrayar el interés sumamente vital de todas estas cuestiones. No se trata de teorías puramente especulativas. Santo Tomás es un maestro de la mística cristiana. Domingo Bañez, famoso comentador de Santo Tomás, fue también director espiritual de Santa Teresa de Jesús. El sentido de la vida en sus más altas manifestaciones en la humanidad se puede percibir particularmente cuando el doctor Angélico trata de los dones del Espíritu Santo.

La filosofía tomista queda subordinada a la teología, porque el hombre tiene un sólo fin, y que este fin es sobrenatural. ¡Esta subordinación atestigua suficientemente que Santo Tomás no pretende de ningún modo reducir todo a la razón racionante! Considera la razón humana como la última de las inteligencias y admite la superioridad del conocimiento intuitivo sobre el racionamiento. Atracción y racionamiento que se necesitan para el pensamiento humano; pero esta necesidad constituye una imperfección. Además del conocimiento conceptual, Santo Tomás admite un conocimiento "por connaturalidad" ("per connaturalitatem"), fruto de la experiencia vital. El caso más alto de este conocimiento en la vida humana actual, es la contemplación mística.

Según Santo Tomás, el objeto del entendimiento es el sér. Este sér tiene un doble aspecto: esencia y existencia, aspectos realmente distintos de las criaturas (distintos, no separados) no distintos en Dios, Acto puro. De estos dos aspectos el más importante —porque más actual— es la existencia. Pues no se puede hablar de esencia sino en función de la existencia. El existir es la última actualidad del sér: es el sér en su realización. La esencia constituye como una contracción, una limitación de la existencia de los seres creados. Dios, Acto puro, es la realización del existir.

Esta filosofía no parece excluir el punto de vista existencial. ¡Antes por el contrario! El carácter conceptual y dialéctico de las tesis tomistas corresponde a las exigencias a nuestra razón abstractiva y discursiva. Pero el mismo tomismo admite los límites y la imperfección del procedimiento racional. Este procedimiento es el procedimiento natural del entendimiento humano, pero el tomismo no olvida que todo entendimiento está abierto hacia lo infinito, que todo entendimiento tiene en su mirada la universalidad del sér, que afectividad y conocimiento ejercen entre sí un influjo recíproco... Santo Tomás admite bien algún conocimiento indirecto y reflexivo de lo singular por el entendimiento. ¿Qué conclusiones y aplicaciones podemos sacar de la doctrina tomista tocante al conocimiento "per connaturalitatem" o extra-conceptual? En el estudio de estas conclusiones y aplicaciones, los tomistas de hoy pueden aprovechar los trabajos del existencialismo contemporáneo, como en el estudio del tiempo y de la finalidad pueden hallar algún interés en las miras bergsonianas de la duración, de la invención, del impulso vital... En los estudios filosóficos —como en varios otros campos— el cuidado de una integración o asimilación prudente, crítica, perspicaz, es mucho más fecundo que una oposición cerrada y exclusivista. La actitud de San Alberto Magno y de Santo Tomás hacia las doctrinas de su tiempo debe ser nuestro modelo y nuestro guía.

No es prohibido pensar que esta corriente existencialista, cuyas manifestaciones están a veces tan peligrosas, podrá desempeñar el papel providencial de liquidar algún día el espíritu kantista, padre de todos los agnosticismos y positivismos. El hombre es naturalmente metafísico, y esto por una razón muy sencilla y muy profunda, por una razón fundamental: porque el entendimiento humano queda naturalmente orientado hacia la luz, hacia la verdad, y porque la vida humana necesita una luz de origen trascendental.

He ahí un hecho fundamental, un hecho que se puede velar no suprimir. En definitiva, la tendencia existencialista puede a su manera, expresar esta orientación del entendimiento hacia el sér, este sentido del sér desconocido por el kantismo y por las escuelas positivistas. El hombre de hoy percibe su propia existencia, plantea el problema de su existir: ¡excelente disposición para despertar el sentido metafísico!

¡Despertar al hombre!, ayudarlo a tomar conciencia de sí mismo, de sus aspiraciones profundas, de su verdadera vocación: tal es la tarea del tomismo de hoy, del tomismo de todos los tiempos.

Fr. LEON JOSE MOREAU,
O. P.

INFLUENCIAS RELIGIOSAS EN LOS SISTEMAS POLITICOS

A PROPOSITO DE UN RECIENTE LIBRO COLOMBIANO

Por CARLOS JOSE ROMERO, Presbítero.

No creemos equivocarnos al afirmar que uno de los libros más substanciales para el pensamiento católico que hayan aparecido en Colombia es el que, con el título "La Estirpe Calvinista de nuestras Instituciones Políticas", dio a luz, a fines del año pasado, el doctor Alfonso López Michelsen. El joven jurista presenta al público una serie de conferencias, dictadas en su cátedra de Derecho Constitucional de la Facultad Nacional de Derecho, en las que expone tesis del más grande interés y de incalculable trascendencia para la conciencia católica de nuestra patria. Lástima que la edición, plagada de errores de imprenta, no haga honor a las prensas de la Universidad Nacional, donde fue editada.

Digna de toda alabanza es la sinceridad con que López Michelsen defiende la inseparabilidad de la política y la religión, blanco constante de los ataques de los racionalistas y naturalistas del último siglo, empeñados en negar y destruir esa compenetración natural. La palabra del insigne Donoso Cortés, que la Teología es la luz de la Historia, (página 7), eco de aquella otra de Pascal, que en todo problema humano va envuelto un problema teológico, es escándalo y locura para todos los teóricos naturalistas, roussonianos, liberales, que han dominado la política mundial en los últimos dos siglos; pero como el distinguido profesor lo anota al principio de su obra, es hoy reconocida por autores de la talla de Max Weber, Scheler, Troeltsch, Fanfani, Tawney y otros muchos. Quizá los nombres de estos autores de derecho positivo no produzcan sobre los teóricos sectarios la reacción que produciría al decirles que San Agustín, Santo Tomás, los grandes escolásticos y dos documentos pontificios han afirmado lo mismo a lo largo de toda la tradición católica.

No menos laudable es el autor cuando afirma que el problema del destino futuro del hombre, y, dentro del cristianismo, el de la salvación